

una vez empezada la persecucion, andarse con distinciones, y muchos de entre ellos contaban parientes cristianos, ó á lo menos entre los sectarios cuyas creencias se acercaban al cristianismo, tales como los Marcionitas, los Tertulianistas, los Montanistas ó los Gnósticos. Desde que se lanzase el grito: *Los dioses de Roma!* se aplicaria lo mismo á las religiones toleradas que á las ilícitas, y un infeliz adorador de Isis ó de Mithra padeceria meramente porque se descubriesen unos pocos cristianos. El decenviro de la ciudad tenia una hija á quien habia arrojado de su casa por haber recibido el bautismo, y que se refugió en Vaceá. Algunos decuriones, el *tabularius* del distrito, el *scriba*, uno de los exactores que se encontraban en Sicca, no pocas personas principales que vivian retiradas y de las que hemos hablado antes, y algunos dependientes del pretorio, estaban en posicion análoga. El mismo gran sacerdote de Esculapio tenia una muger á quien amaba en extremo, y que á pesar de haber prometido mantenerse tranquila mientras que las cosas continuasen como hasta allí, habia cometido la imprudencia de de-

cir que si se tomaban medidas severas contra su pueblo, se presentaria inmediatamente á confesar su fe de cristiana y arrojar agua en vez de incienso en la llama del sacrificio. Sin hablar del afecto que le profesaba su esposo, semejante escándalo hubiera comprometido fuertemente la autoridad del gran sacerdote; y atendiendo á su debilidad física y á su estado apoplético, era problemático que ni el mismo Esculapio fuese capaz de librarle del golpe que debia ser su consecuencia.

Un sentimiento análogo agitaba á nuestro buen amigo Jucundo. Amaba á su sobrino; pero sea dicho con venia suya, amaba aun mas su reputacion; y aunque hubiera de disgustarle mucho ver á Agelio espuesto á una de las panteras del vecino bosque, ó ahoreado por los piés, y arrojando sangre por narices y boca, como si se tratase de un perro ó de un cabrito en el mercado, mayor disgusto le causaria lo que diese que hablar la cosa en sí. Lo porvenir le molestaba y alarmaba al propio tiempo. Estaba convencido de que no comprendia á su sobrino, ó en otros términos, no sabia cómo manejarse con él.

No ignoraba que era preciso mucho tacto para conducirlo, y sentia interiormente que Juba iba fundado al decir que las amenazas de la ley, por severas que fuesen, ningun efecto producirian en su hermano. Considerando el influjo de Calista como el medio mas seguro para llegar á su objeto, resolvió obrar personalmente lo menos posible, procurando, sin embargo, que el entendimiento y el corazon de Agelio, en quanto de él dependiese, conservasen inclinacion hácia aquella jóven. En quanto al aserto de Juba de que Agelio no era cristiano de corazon, la noticia era demasiado agradable para que Jucundo osase creerla; y no obstante, esperaba que sucediera así, cuando el sol de la Grecia alumbrase al jóven, disipándose entonces en su espíritu los restos de la supersticion oriental.

Con tal disposicion de ánimo, se decidió el anciano un dia despues de comer á dejar el cuidado de su tienda á un esclavo, para dirigirse á casa de su sobrino y cerciorarse por sí mismo de sus sentimientos, á fin de calcular si Agelio seria hombre que se dejase coger en el lazo que le habia tendido por

medio de Calista. No se podía perder tiempo, pues el edicto se aguardaba de dia en dia, v traeria como consecuencia desastres irremediabiles.

CAPITULO VIII.

Púsose, pues, en camino Jucundo para ir á sondear el terreno en casa de su sobrino, y trabajar á fin de que su proyecto le saliese bien. El sendero que tomó le condujo cerca del templo de mercurio, que servia á la sazón de escuela de chicos, y estaba pegado á algunos edificios académicos pertenecientes á la ciudad y á alguna distancia de ella. Aunque nuestro amigo no habia mirado con abandono la instruccion de sus sobrinos, es dudoso que fuese ardiente partidario de la literatura y la educacion; porque en el fondo, las letras le parecian, á lo mas, propias para turbar el entendimiento, y jamás habia visto que produjesen gran bien. Los retóricos y los filósofos no sabian qué hacer ni en qué base apoyarse. Tanto conocian las opiniones que sustentaban